Eric Williams

El caballo de madera

En este libro se cuenta la historia de la más ingeniosa y extraordinaria evasión de la guerra pasada*. Se trata de una evasión «clásica», quizá porqué fué concebida según unos moldes clásicos. Los griegos construyeron un caballo de tonelera para introducirse en la ciudad de Troya; en el año 1943, dos oficiales ingleses utilizaron un caballo de madera para escaparse de un campo de concentración alemán. El autor de la obra, Eric Williams, es uno de los protagonistas de esta aventura. Los hechos, hasta en sus más mínimos detalles, son verdaderos. Lo fantástico de la hazaña, la paciencia y energía que revela, los nervios de acero que representa, se reflejan incluso en el estilo del relato. Los caracteres están tan vivamente pintados que tienen que ser reales a la fuerza. Por el libro discurre una finísima vena de humor. Y acompañando esta nota graciosa, un gran sentimiento de la camaradería que adquiere mayor fuerza precisamente en aquellos momentos en que las trágicas circunstancias ponen a prueba la última resistencia humana.

ERIC WILLIAMS

EL CABALLO DE MADERA

EDICIONES DESTINO, S. L.
Pelayo, 28 - Barcelona

Traducción del inglés por
RAFAEL VÁZQUEZ-ZAMORA

Título de la edición original:
THE WOODEN HORSE

Primera edición: mayo 1951

ES PROPIEDAD

A mi esposa

PREFACIO

Al poco tiempo de mi regreso de Alemania en 1943 escribí un libro que titulé Goon in the Block. *Era la historia de Peter Howard, aviador que fué derribado sobre Alemania y hecho prisionero y que más tarde se las arregló para escaparse a Suecia.*

Por entonces continuaba la guerra, y los prisioneros, naturalmente, seguían en Alemania. Por tanto, me era imposible dar detalles de la fuga, ni información alguna que pudiera ayudar al enemigo. La historia verdadera se convirtió en lo que suele llamarse "hechos levemente disfrazados de ficción" y toda referencia a la fuga era, a propósito, desorientadora.

Ahora me encuentro en absoluta libertad para escribir sobre todo aquello y al hacerlo, he utilizado una pequeña parte del material que constituye el libro Goon in the Block. *A los que han leído esa otra obra les pido perdón por emplear material ya publicado.*

ERIC WILLIAMS

INTRODUCCIÓN

FUÉ en el mes de enero cuando vinieron por primera vez a Stalag-Luft III, y en todo aquel mes estaba el suelo cubierto de nieve. Ésta formaba gruesas capas sobre los tejados de los barracones y prestaba un aire alegre a las alambradas que brillaban y emitían destellos al sol. Cada poste se cubría con su gorra de nieve polvorienta y, cuando soplaba el viento, la nieve se agolpaba sobre los retorcidos alambres y suavizaba su aspecto tétrico. Era imposible escapar con el tiempo que hacía y cuando la nieve dejó de caer los prisioneros hicieron una pista de patinaje y fabricaron toboganes con las tablas de sus camas. En el campo de fútbol hicieron una pista de hielo en la que patinaban desde la mañana hasta la noche. El campo estaba puro y limpio mientras la nieve cubría el suelo y el aire se animaba con los gritos de los patinadores. Sólo cuando los carros nocturnos venían a vaciar allí la basura se ponía aquello insoportable; el aire se llenaba de malos olores y largas vetas amarillas señalaban en la nieve el sitio por donde los carros habían pasado.

Cuando llegó el deshielo se convirtió el campo de prisioneros en un fangal. El apretado hielo de la pista del tobogán fué el último en fundirse, y la pista de patinaje era ya un lago en miniatura en cuya superficie hacían flotar unos cuantos entusiastas sus yates de fabricación casera. Luego fué secándose todo aquello y el terreno que se utilizaba para jugar al fútbol quedó acondicionado de nuevo. Volvieron a ser colocados los palos de las porterías y se quitaron los aljibes de tierra que habían servido para contener el agua.

Con la primavera se renovó el interés por la fuga. La primavera es la estación adecuada para escaparse. Peter y John se habían escapado ya una vez del campo anterior en

que habían estado, pero esto sólo les sirvió para que los trajeran nuevamente, después de dos días de vagar desorientados por aquella región polar. Había sucedido en invierno, cuando esa zona estaba fría y desértica, y se habían agotado los dos; de manera que casi se alegraron de ser capturados otra vez y reconducidos al campo. A medida que el tiempo se hacía más cálido, Peter y John iban haciéndose de nuevo a la idea de la fuga. Llevaban ya varias semanas discutiendo un plan para abrir un túnel. Pero resultaba que todos los sitios donde era posible iniciarlo habían sido usados antes.

El campo se hallaba en un claro de un bosque de pinos; unos cuantos barracones de madera, de una sola planta, se elevaban sobre pilastras a tres pies por encima del suelo, apiñados dentro del espacio limitado por la alambrada; ésta constituía el rasgo más sobresaliente del campo; era un alambre muy fuerte y sólidamente entrelazado, que formaba una doble valla, de doce pies[1] de alto, de espinosos postes. Había lámparas de arcos voltaicos colgadas sobre la alambrada, y a intervalos, a lo largo de cada valla, se encontraban unas garitas para los centinelas situadas sobre soportes más elevados que la alambrada. Estas garitas se hallaban dotadas de ametralladoras y de faros, cuyos haces de luz barrían continuamente el campo durante las horas de oscuridad. Había dos vigilantes en cada garita conectados por teléfono con el cuarto de guardia principal que estaba a las puertas de la prisión. *Posten* con fusiles-ametralladoras, patrullaban a lo largo de la alambrada entre las casetas de los centinelas.

A quince pies de la valla principal corría un sólo alambre espinoso a doce pulgadas sobre el suelo. Este obstáculo era más bien una advertencia, y si algún prisionero pasaba por encima de él, disparaban los guardias sobre él. Una estrecha senda creada por los pies de los prisioneros a fuerza de marchar en la misma dirección, rodeaba el campo exactamente por el borde de la línea «preventiva». Por allí hacían los prisioneros sus ejercicios y se le llamaba «el circui-

to». Se había convertido en una costumbre del campo marchar por el circuito sólo en dirección contraria a la del reloj.

El suelo era una mezcla de arena, restos, polvillo de hojas y suciedad diversa. Todo esto formaba en el verano una gruesa capa de polvo suave, barrido a veces por el viento hasta formar una nube cegadora que permanecía flotando sobre el campo. En el invierno este polvo se transformaba, amasado por los pies de los prisioneros, en un grisáceo charco de fango pegajoso.

Bajo esta capa superficial se hallaba otra de dura arena amarilla. Amarilla cuando estaba húmeda, pero al secarse adquiría una sorprendente blancura. Los alemanes sabían que cada túnel implicaba un estorbo de arena excavada y veían con sospecha cada alteración de esta capa gris de encima. Toda excavación que se hacía para un pozo o para trabajos de jardinería era cuidadosamente vigilada. Sólo por medio de un cuidadoso *camuflage* podía ser escondida la delatadora arena amarilla en estos lugares. Su piel de polvo gris era una de las defensas más eficaces de aquel campo de prisioneros.

FASE I

CAPITULO PRIMERO

ERA por la mañana temprano. Dentro de la habitación había un silencio absoluto; la fantasmal y transitoria falta de vida de un cuarto donde todos duermen. En las cuatro literas de dos pisos alineadas a lo largo de las paredes dormían los prisioneros acurrucados en sus mantas. Junto a cada doble litera, como un centinela, había un estrecho armario de madera. En la mesa del centro de la habitación, suavemente iluminados por la luz que se filtraba por las rendijas de los postigos cerrados, yacían en montones desordenados las ropas de los dormidos prisioneros. De la Kommandantur llegaba débilmente el sonido de una lejana trompeta.

En una de las literas superiores se movió una figura, gruñó y se volvió del otro lado. Aquella persona permaneció quieta durante un rato; luego, con una sacudida violenta que hizo temblar toda la estancia, sentóse en el lecho, se frotó los ojos y bostezó. Peter Howard, que se hallaba en la litera de abajo, abrió los ojos. Unas cuantas virutas desprendidas del colchón de arriba fueron cayéndole lentamente sobre el rostro. Se las quitó con la mano, volvióse otra vez en el lecho y se tapó las orejas con la delgada manta gris. Era demasiado temprano para despertarse. Cerró los ojos. Todo esto lo conocía él de sobra. Un par de piernas cubiertas con largo vello de color arenoso aparecerían por encima del borde de la litera superior. Esas piernas moverían sus dedos gordos de un modo muy desagradable mientras su dueño se preparaba para aterrizar junto a Peter como una avalancha. Todo esto lo había visto él antes con excesiva frecuencia. Prestó una tensa atención desde el refugio de sus mantas. ¡Crach! ¡Bang! ¡Pum! Toda la barraca tembló. Una de las figuras de las literas se movió con impa-

ciencia y maldijo entre dientes. Un taburete resbaló ruidosamente por el suelo. El hombre que había maldecido se tapó la cabeza con su manta. Pesados pasos cruzaron la habitación. Un breve silencio y luego —¡clang!— la tapadera de una tetera cayó al suelo. Otro breve silencio y luego el sonido de una cucharilla movida violentamente dentro de una jarra de barro. La estancia entera volvió a temblar con un portazo.

Peter relajó sus músculos y abrió lentamente los ojos. Sabía con exactitud lo que había ocurrido desde que la primera sacudida de aquel cuerpo le había despertado. Primero, Bennett se había puesto los calcetines; luego, los zuecos de madera que habían pasado la noche reposando junto a su cabeza. A continuación se había lanzado para caer sobre el taburete de madera. Lo había fallado, enviándolo a una buena distancia. Esto le había producido sorpresa y se había precipitado hacia la tetera a ver si tenía agua. Al encontrarse con que la jarra sólo contenía un poco de té seco, puso de nuevo una expresión de exagerada sorpresa y llenó un jarro de agua fría de otro mayor que estaba cerca de la estufa. Después de añadirle una cucharada de limonada en polvo, lo había removido violentamente, y después de beberse esta mezcla en tres grandes tragos había salido dando un portazo para dar unas vueltas por el circuito hasta la hora del desayuno.

Todas las mañanas, desde que llegaron a Stalag-Luft III, había tenido Peter el mismo brusco despertar. Al principio abría los ojos al oír el primer crujido. Luego se había acostumbrado a mantenerlos cerrados hasta que Bennett salía de la habitación.

Volvió a producirse un absoluto silencio. Los otros seis ocupantes de las literas seguían inmóviles. O estaban dormidos o se aferraban a los últimos jirones de sueño hasta que la «tormenta» hubiera pasado. Bennett se había marchado. Estaría, en aquellos momentos, dando vueltas al campo justamente por el borde del bajo alambre preventi-

vo, el que servía de señal para conocer la intención de fuga. Mientras, los demás tratarían de recomponer sus retazos de sueño. Muchas veces se había preguntado Peter qué atractivo encontraría Bennett en la vida carcelaria para levantarse tan temprano. La mayoría de ellos se quedaban en la cama el mayor tiempo posible, pues se les hacía muy dura la idea de empezar un nuevo día. Bennett era un tipo extraño: empezaba su jornada media hora antes que todos los demás y, en cambio, se pasaba toda la tarde en su litera. Quizá tuviera razón en esto. A esa hora de la mañana, el campo estaha desierto y Bennett necesitaba mucho espacio a su alrededor. Era demasiado fogoso, demasiado viril para vivir en manada con otros siete. Necesitaba amplitud para moverse con la mayor libertad posible y tener algo en qué trabajar. Peter se acomodó mejor en su colchón de virutas y trató de conciliar de nuevo el sueño.

Desde el rincón situado a su mano derecha le llegaron frases sueltas del himno de odio que Robbie murmuraba cada mañana... «¡Señor, qué tipo tan alborotador e inaguantable es Bennett!» Robbie decía esto con acritud. Peter estaba convencido de que Bennett y Robbie acabarían peleándose pronto. La cosa empezaría por algún pequeño detalle que sería la chispa productora del incendio. Uno de ellos se trasladaría a otra barraca y la vida seguiría igual allí dentro. Siempre ocurría eso en los campos de prisioneros. Uno aguantaba durante mucho tiempo el aburrimiento, y entonces, de un modo casi imperceptible al principio, los hábitos de cualquiera de sus compañeros empezaban a fastidiarle. Cosas insignificantes como la manera de comer o, sencillamente, su acento... y bastaba eso para que la vida se le hiciera a uno insoportable.

El pobre Robbie llevaba encerrado cerca de tres años y una mala cabaña de madera no era el ambiente ideal para Bennett. Le habría sido imposible no armar ruido incluso en una habitación forrada con una gruesa capa de corcho. Peter suspiró. La idea del suelo de corcho le recordó los cuartos de baño. Desde hacía dos años no se bañaba —a no

ser que llamemos baño a una lata de cacao agujereada para duchas— y acudieron a su mente los baños de porcelana con todos los colores del arco-iris. Verde, amarillo, rosa, negro... No; el negro no le gustaba. prefería un baño que diera al agua su color. En este sentido, lo mejor era el color verde. Un baño verde, con mosaicos negros en las paredes y un suelo de corcho... O quizá fuera preferible un baño hundido en el suelo. Sí, un baño hundido y lo bastante grande para que dos personas cupieran a la vez en él. Pensó mucho tiempo en esto.

Peter se esforzó por pensar en otra cosa. ¿Y el túnel? Tenía que haber un sitio donde empezar la excavación de uno; era cuestión de meditar sobre ello. David estuvo a punto de conseguirlo. Sí, el David de los ojos de marinero y el halo rosado de su barba pelirroja. David, el campesino, un hombre en el que podía uno confiar. Organizaba toda una granja en el papel. Sobre su litera había un rústico estante hecho con tablas de camas, aquellas estrechas planchas de las literas. Todos los libros que tenía allí trataban de agricultura, especialmente de todo lo necesario para explotar una granja. En la época adecuada del año, David sembraría su cosecha y a su debido tiempo la recogería. Llevaba un libro de pérdidas y ganancias. Era divertido ver la seriedad con que lo hacía. Si llovía el día en que había decidido segar, andaba de un lado para otro con una cara de pésimo humor. Si durante una hora de calor se le ocurría a alguno de los otros decir que hacía buen tiempo, David murmuraba en seguida algo sobre la lluvia que necesitaban las cosechas. Aquella ilusión servía de compensación al buen granjero David por su encarcelamiento. Sin embargo, trataba de escaparse. Era el representante de la barraca en el Comité de fuga. Sin embargo, su granja era muy real para él. Peter sonreía al recordar la ocasión en que el valle de David estuvo en peligro durante una inundación y condujo a un rebaño de ovejas desde el prado más bajo a la seguridad de las colinas que dominaban la granja. Los vigilantes se habían alarmado cuando todos los habitantes del barra-

ción ayudaron a David en la conducción de su rebaño a través de todo el campo de prisioneros. Ya habían cogido los fusiles-ametralladoras al ver aquella masa de hombres que silbaban y gritaban empujando algo invisible hacia la alambrada. Pero el nuevo prado estaba situado dentro del cercado y no había ninguna infracción de las ordenanzas en lo que hacían.

El único que sabía más de granjas que David era Bennett. Pero es que Bennett sabía más de todo que cualquier otro. Bennett era la autoridad en persona. No se podía discutir nada con él. Fuera cual fuese el tema de la discusión, soltaba Bennett una sentencia categórica y autoritaria que mataba toda argumentación. Se hacían entonces intentos para resucitar la cuestión, pero abortaban bajo el peso de la autoridad de Bennett. La oposición languidecía hasta caer en un silencio desanimado no exento de cierta irritación.

Siempre estaban discutiendo. Paul daba mucho que hacer. Alto y delgado, tan alto que se preguntaba uno con asombro cómo le habría sido posible meterse en el Hurricane que le habían derribado a principios de la guerra. Había entrado en la RAF en cuanto salió de la escuela. Todo su mundo era volar y la inmensa libertad del cielo. Para él la vida carcelaria era más insoportable que para la mayoría de sus compañeros. Perdía la paciencia con gran facilidad y en sus momentos de desesperación buscaba el consuelo de Robbie.

Robbie era el pacificador.

Peter se obligó a despertarse del todo. Le tocaba ser cocinero. De todas las servidumbres de la vida de prisión lo que más odiaba Peter era tener que cocinar. A los primeros prisioneros que llevaban allí más tiempo les había sido más duro porque tuvieron que cocinar al aire libre con leña. En cambio, ahora tenían una estufa. Por lo menos, pensaba Peter, le correspondía la ciento doceava parte del calor de una estufa. Había catorce habitaciones en la barraca. Cada